

La página viva

De cuando Giono era “virgiliano”

José de la Colina

Francés de ascendencia italiana, Jean Giono (Manosque, 1895-Manosque, 1970) hizo de su terruño natal en la Alta Provenza, en la Francia aldeana y campesina de la que apenas salió durante toda su vida, el centro original de una mitología literaria nutrida de “los jugos de la Tierra”. Fue soldado en la Primera Guerra Mundial, anarquizante al modo tolstoiano, pacifista, miembro de la Academia Goncourt, fugazmente cineasta y el autor de una cuantiosa obra literaria que pasó por la novela, la crónica, el poema, la autobiografía, pero sobre todo la novela, el género que más frecuentó y en el que tuvo dos etapas. En sus novelas de la primera etapa, la anterior a la Segunda Guerra Mundial, (*Nacimiento de la Olisea, Retoño, Uno de Baumugnes, Batallas en la montaña, El canto del mundo*) su narrativa es densamente lírica. En las de la segunda etapa, la de posguerra, predomina el trazado novelesco con una escritura más narrativa que lírica: *Las almas fuertes, El molino de Polonia* y su obra maestra de tono stendhaliano: *El húsar en el tejado*. La primera etapa, la “virgiliana”, fluye en una continua narración más lírica que épica, en una prosa del mundo sentido y transcrito a través de la vida de los campos y los pueblos y los caminos, del bosque y la montaña y los ríos, de *los trabajos y los días* de los campesinos, los vaqueros, los ovejeros o los trabajadores trashumantes que, de paso por aldeas y caseríos, alquilan su fuerza de trabajo y, además ofrecen, a cambio del pan, del queso y del vino, del calor del fogón, sabrosos relatos orales a quien transitoriamente los hospeda. En la tierna, sensual, elegante página que aquí va, recogida de *Jean le Bleu*, libro autobiográfico y apenas novelado que habla de hechos y personajes de una niñez, una aldea y unas gentes manosquianas, veo ponerse

en pie, en movimiento, en ritmo, a la religiosa, cuyo andar quedaría para siempre como una secreta danza en la memoria maravillada y agradecida del escritor y en una prosa intensa y serenamente visual.

EL ANDAR DE SOR CLÉMENTINE

Jean Giono

Lo que seducía en sor Clémentine era la parte media de su cuerpo. En reposo no había allí, a decir verdad, más que el cíngulo espeso y rudo y los pliegues de su negro fustán, que, si recuerdo bien, eran dos que ascendían como guirnaldas contra su pecho y diez que descendían hasta sus pies. Llevaba la falda un tanto corta, lo bastante para descubrir los tobillos. Así, inmóvil, recogidos los brazos contra el busto para sostener el libro, y la cabeza erguida, tenía la nobleza de las columnas. Pero...

Pero, en momentos de nuestra clase matinal, cuando, bien separados del ruidoso mundo de la calle y de la ciudad oíamos la calma del convento fluir hacia nosotros con el piar de los palomos y el frote de las lilas contra los muros, sor Clémentine echaba a andar. En este momento en que escribo, con el amargo cigarrillo en un rincón de los labios, con los ojos ya ardorosos, con la lámpara y, contra la ventana la noche del valle por la que se arrastra la fosforescencia de las carretas campesinas, he dejado la pluma y me he puesto a pensar en todas mis experiencias de hombre. Sí, ante los ojos secretos de mis sentidos hubo la danza de casi todas las serpientes del mundo.

Nunca he gustado de alegría más pura, más musical, más entera, más seguramente hija del equilibrio, que la alegría de ver andar a sor Clémentine.

Aquello nacía como una tornada de viento. La madera del piso chillaba con un grito magnético. Ella caminaba. Tenía sandalias de fieltro y la planta de sus pies daba suaves chasquidos. Una ondulación que a la vez era ola, cuello de cisne, gemido, subía en la columna. Era una onda tan amplia y tan sólida, venía en línea tan recta de las profundidades de la tierra que, si la ondulación hubiera ascendido hasta el corazón de sor Clémentine, le habría quebrado el talle como a un tallo de lirio. Pero ella recibía la onda en el bello resorte de sus caderas, la sustituía en un balanceo de navío que parte, y toda la alta parte de su cuerpo: pecho, hombros, cuello, cabeza y cofia, se estremecía como un velamen inflado por el viento. **U**

(Traducción de José de la Colina)



Jean Giono